

LA RANURA

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Muñoz, D. (2014) La Ranura. *Revista Estudiantes de Ciencia Política*, 4, 37-38.

Yo era un político en frenesí. Fui miembro del parlamento de mi país durante dos períodos seguidos, aupado por los votos de un electorado tan pío como putero. No sé qué pasó en la tercera campaña, pero perdí la curul (es decir, mi destino). Mis ganas de trabajar por el bien común eran irrefrenables y, a la sazón, me resistía a dejar el capitolio sin rabiarse. Esto me sumió en un estado lamentable: no había semana en que no visitara las oficinas del órgano electoral para solicitar un nuevo escrutinio, a ver si por algún lado aparecían los votos faltantes.

Se acercaba, entretanto, el día de la instalación del nuevo cuerpo legislativo y, como no aparecían los votos prometidos por los electores, yo seguía de capa caída: ¡qué sería de mí sin mi cómoda silla de parlamentario! Todas las promesas las había mantenido intactas, respetando las reglas del arte. Había asistido puntualmente a los cocteles, respetando las reglas del arte. Había respetado las reglas del arte y, sin embargo, esa vez no me fue bien en las urnas (a lo mejor no tenían ranura). Esa hipótesis era mi consuelo: los tarjetones que me salvarían fueron depositados en urnas sin ranura.

Un ataque de optimismo, que se extendió más allá de lo debido, fue el detonante de mi vocación política. Es lo normal: cuando eso pasa, uno termina en el púlpito o agitando turbas. Yo no estaba preparado para lo primero: siempre tuve problemas con los evangelios. La redención de las masas en las urnas era lo mío. Y como yo no era, no soy, un hombre de excepción (de esos que no tienen que ir a la universidad, habida cuenta de que esta es para el hombre medio), pude concluir, fácilmente, que debía ejercitarme en pos de las lides electorales, el sino del hombre medio.

El hombre de excepción y el hombre medio, tan distintos, no dejan de oler la ropa íntima después de quitársela: en eso son uniformes, y en nuestro asunto eso no es gratuito. Observo con rigurosidad esa práctica desde mi juventud. Hay un episodio muy feliz para mí relacionado con ese rito: por no asegurar debidamente la privacidad, una muchacha que vivía en el cuarto del frente (del lugar que habité la primera vez que me fui de la casa) me vio en esas mientras se pintaba las uñas de los pies. Después del incidente, y cada vez que nos veíamos, empezamos a intercambiar una sonrisa: antes ni eso. Luego todo se puso mejor.

Ahora que peino más de una cana y recuerdo todo esto que les digo, se me ocurre conjeturar que mi debacle en las urnas pudo haberse debido a que la mirona hizo pública mi afición entre el electorado. Un malentendido desató la ira de esta vesánica, en la que yo, por lo demás, nunca pensaba (lo que no quiere decir que no la recordara a cada rato). No ahorró esfuerzos para destruir mi carrera política. Todo, sin que yo pudiera impedirlo, se fue por una ranura: la misma que faltaba en las urnas el día de los comicios.

Daniel Muñoz
Estudiante de Ciencia Política
Universidad de Antioquia